

Pero no nos anticipemos, la Iglesia católica por ser apostólica es también ROMANA. Pedro jefe del colegio apostólico, Sumo Pontífice y primer Papa fué martirizado en Roma, siendo obispo de Roma; de ahí que sus sucesores en la cátedra episcopal, lo sean igualmente en la Primacia Pontifical.

No hay quien ignore que al dejar la silla de Medellín y al sentarse sobre la de Bogotá, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Herrera haya como heredado el ser Primado de Colombia, por analogía, entiéndase que todo obispo de Roma, es en el Orbe: Papa, o sea jefe de la Iglesia de Jesucristo, Católica, Apostólica y Romana.

M. D. N.

Carta de Paris

Julio 1.º de 1918

El bombardeo de Paris

Paris bombardeado! La unión de estas dos palabras repercute el eco de las pretensiones alemanas así como el de las emociones fantásticas de los neutrales.

Nuestros enemigos dirigen sus radiogramas al Universo, deseosos de que los pueblos lejanos lleguen a persuadirse de que la capital de Francia la tiene triturada el hierro que con el fuego lanzan diariamente sus cañones y aeronaves.

Nuestros amigos ellos, se estremecen con sólo imaginar las ruinas de los edificios tan soberbios como

lujosos y se conmueven al recordar los peligros que corren los habitantes de la gran ciudad.

La verdad

Soséguese! Paris bombardeado, esta es tal vez una noticia sensacional, no es todavía una realidad efectiva.

Si se entiende por ciudad bombardeada la que recibe tal cual bomba, las más de las veces sin riesgo ninguno, entonces podemos convenir en que Paris sea bombardeado.

Pero si como ha de ser, se reserva ese calificativo para una ciudad que el enemigo no deja de herir en ningún momento del día, cuyos edificios abiertos, desmoronados vienen al suelo y cuya población se ve por lo mismo diezmada, no es cierto que Paris, HASTA HOY, haya sido bombardeado.

Acabo de regresar a la Capital después de haber vivido largos meses lejos de Francia. Paris según me decían, había perdido más de la mitad de sus habitantes y los pocos que quedaban hallábanse amedrentados, vagabundos entre ruinas, sin valor para nada. Pues bien, sin exageración alguna, no extrañé la ciudad que había dejado el año pasado. Como entonces, fué para mí un goce el ser apretado por la multitud que va y viene a lo largo de los grandes bulevares o se precipita en los ántros del Metro.

Más honda y más halagüeña satisfacción me ha sido el no encontrar puesto en la Basílica de Montmartre. Es cierto, me enseñaron las ruinas que son ya una curiosidad, es decir, tal cual rajadura sobre las fachadas de los edificios, uno que otro techo entreabierto, más, nada. Pregunté: ¿y los negocios, se han parado? Me contestaron: Pero, ¿de donde viene us-

iluminado. Aquellos pueblos se divisaban abajo, con sus calles así como se ven las ciudades desde un aeroplano. Era un día de verano, pero un día de viento, de ese viento desatemplado que no se calma. Primero mantuve mi sombrero con la mano. Al fin el frío penetró. Aseguré mi jipa con un pañuelo y seguí. Mientras recorrimos las cuchillas: más altas fue el mismo viento, viento violento parecido al que sopla a la orilla del mar. Apenas un barranco se presenta, la temperatura es suave.

Será cierto que el Chingaza tiene sus días de tormenta, pero, considero que este páramo es mucho menos frío que el de Cruz Verde. Son prueba, aquellos papales magníficos a 3500 y más sobre el nivel del mar, aquel potrero de trebol, carretón, chisacá, lengua vaca, como en la sabana de Bogotá, esos pastales donde se mantienen más de 500

ted?

Tal es el Paris bombardeado que acabo de ver.

Alerta

Es cierto, de vez en cuando he oído ruidos sordos seguidos de ruidosas explosiones, con más frecuencia he sido despertado de noche por lúgubres silbos que me lanzaban por una hora a un sótano mientras atronaba la ciudad bajo el fragor no del bombardeo enemigo si de nuestros fuegos de cortina las más de las veces eficaces. Ante noche un proyectil alcanzó a caer no muy lejos de mi casa. Lo que hizo fué: reventar el andén, desgajar un árbol, arrancar un poste y romper tal cual vidriera. Al otro día acudieron a millares a curiosar estas ruinas. Esta misma curiosidad es, se puede decir, la causa de las desgracias, pues muchas personas que mueren por las bombas, lo han sido por haberse quedado temerariamente afuera en lugar de favorecerse en los abrigos. Sin embargo, dirán, muchos Parisienses se han alejado de la Capital. Es cierto, pero ¿quiénes son? Algunos ancianos, mujeres y niños que con el personal de las fábricas de municiones han ido a establecerse lejos de un peligro por cierto eventual pero al cual sería temerario exponerlos. El mismo Gobierno fué quien aconsejó y dirigió estas retiradas verdaderamente estratégicas. Así y todo la población actual de Paris no baja de tres millones de almas. Tres millones de individuos que con calma, método y serenidad siguen ocupándose en sus negocios, atendiendo a sus diversiones. Diversiones! Si, amados lectores, teatros y cinematógrafos siguen funcionando. Los cafés por la noche celebran sus acostumbradas tertulias, parques y paseos no callan, sobre todo los do-

cabezas de ganado, todo esto a una altura igual a la de Cruz Verde. Pues no hay comparación, y no me admira como en otro tiempo los indios poblaran ese punto. Las que mas que acostumbraban, dejaron todavía muestras del monte alto de esas cumbres, en unas hoyas favorecidas contra el viento.

El Cruz Verde al cual conozco por haberlo cruzado tantas veces, ha sido siempre una pesadilla para mí. El Chingaza lo pasé tres veces en puro invierno y es mi encanto. Si algún día se abre un camino bueno, cuánto no subirán para admirarlo y gozar del panorama incomparable que ofrece!!

Al fin bajamos con dirección a Chochí. Necesitaba conocer el camino existente y refaccionado por el Dr. Edmundo Cervantes.

No hubo decepción para mí! Ese famoso camino, no es camino carretero ni mucho menos. En honor

EL CHINGAZA

El martes, a la madrugada, el termómetro indicaba 12 grados; la temperatura de Bogotá a 3.500 metros, casi la altura del páramo de Cruz Verde. Recuerdo que el año pasado, cuando me tocó pasar la noche al pie de una roca, con dos peones, a 3.000 metros de altura, el termómetro marcaba, a la madrugada 8 grados.

El señor José Ernesto Castillo, me ofreció una bestia para recorrer el páramo. A las nueve montamos a caballo, acompañados con un vaqueano y hasta las 3 de la tarde recorrimos una gran parte del Chingaza.

Entonces fué cuando mi deseo de sentir el frío del páramo se cumplió. Cielo perfectamente claro, vista incomparable, todo el valle inmenso de Fomeque, Choachi, Ubaque,